

Rafelia Saunders

A - M - E - R - I - C - A

Polyhimnia

(1988-1990)

Rogelio Saunders

Tristeza del escritor muerto

Estoy triste de los que me conocieron.
De los que tocaron una noche a mi puerta, de éstos.
De los que no pudieron soportarme en la muerte
y ahora me cargan, con palabras, con adioses.
Voy con ellos. Mejor dicho: me llevan.
No los dejo en paz, me han hecho suyo.
Ya no tienen saliva, ni justificaciones
para no dejarme morir.
Como un farol que en una esquina
brillara interminablemente
quitándole su luz al farolero.
Estoy triste de los que no pueden odiarme,
ni despertarse de mí, ni acudir a una fiesta.
Estas noches me recuerdan olores de estatuas.
De mujeres desnudas que llevan en el cuello
una cadena de sombras,
una sudoración fría.
Estoy triste por todos,
escribiendo las últimas páginas
que son siempre las primeras.

Jesús en Bethlehem

Cetrino, de trenzas oscuras,
Jesús escucha al brahmán y se pregunta.
Dobla las manos, apoya la cabeza, se va desmoronando.
Jesús se ovilla junto a un árbol del desierto
y alza las rodillas.
Escucha la voz del brahmán; todavía no está muerto.
Ni hace frío en Bethlehem.
Después de todo ¿qué es el frío?
Jesús desaparece como un escorpión negro.
Es un punto entre la voz del brahmán y el viento del desierto.
Tengo las rodillas hinchadas, dice.
Se escucha reír, como si hubiera olvidado para siempre
los ojos de Lázaro.
Si fuera un niño se cortaría las trenzas.
¿Él, Jesús, un niño, se cortaría las trenzas?
Podría ser su madre, también, o una de sus hermanas.
Pero estábamos aquí, en esta pura extensión vacía.
Un vacío de cortinas y de pájaros humeantes.
Allí está Jesús, el hombre.
Al fin, después de todo, el hombre.
Jesús se ríe, con los labios agrandados, la tos
no lo molesta.

El brahmán sin trenzas y Jesús trenzado,
con la mano apoyada en la corteza, se detiene su risa.
Se va quedando dormido, oyendo
susurros de mujeres que vuelven
pisando la tierra polvosa de Galilea.
¿Es la noche, o es el sol que, como siempre,
ha venido a poner la suave pincelada en su mejilla?
Ha muerto aquí, dice el brahmán,
en esta misma vaciedad donde se lavan mis manos.

Que ella no me sorprende

Si pasa entre dos establecidos
con su ajuar de luna negra
y su guadaña de nieve,
ella, si viene sola,
no escoltada, no oída por su paso,
sino, mirad, como esmeralda brillante,
castigando, tironeando sus muslos,
va a caer entre los pinos,
en un redondel de escarcha,
y deja ciegos, serpientes que vuelan,
cineraria.

No dejes nacer la esperanza

No dejes nacer esa esperanza, h ndela.

Seguramente en ti hay otras fuerzas,

seguramente hoy no es el d a,

en ese cuarto no te espera nadie.

Y cuando en la ciudad

ya sea el crep sculo,

baja hacia el puerto solo,

sin esperanza alguna, hueco, solo.

El puerto, que tambi n se hunde en el mar, es tu destino.

Para  l existes, para  l

tus manos y tu boca se alzaron all  un d a

la boca de labios gruesos, las manos ofrecidas  

junto al reloj y el tiesto con las flores,

ya para siempre deslumbrado  recuerdas?

y una tristeza absoluta rond ndote en los ojos

de joven nubio.

No dejes, muchacho, nacer esa esperanza.

Parte solo.

Fatal

Como la tarde en que lo recordaba,
buscándolo, y no estaba abierto el cielo.
Ya insensato, tal vez ya definitivo.
Como el libro robado, el verso sustraído.
Como la biblioteca vasta, y el pequeño cubículo.
Como el sentimiento de hacer y de entregar.
Como una tormenta desatada en la sombra.
Como la mañana aquella, junto al río.
Como el temible mar, no como el vuelo.
Como acostarse en la tierra, como tocar la hierba.
Como amar, como dormir.
Como morir y haber nacido.
Fatal como las tentaciones.

Amorosa estocada y Donatello

Seguramente los dos (el gordo y el alto de la flor) dirían: “Tú, adolescentario”.
Adolescentario, sí, pero en el fuego.
Ustedes y nosotros no somos más que símbolos.
Ustedes y nosotros, no yo o aquél.
Ninguna prisa aclara que el sol niega.
Si ustedes estuvieran muertos,
si todos, de una vez, estuviéramos muertos,
entonces el gordo y el alto de la flor conversarían.
Como no nos tientan ni ondas ni caminos,
como no nos tientan,
las figuras ahora, y en la casamata
el gorro de piel para el primer disparo.
Para el último, el azul, y la cabeza del oso.
Los veo alejarse, los veo,
sentados en una cresta de mar,
dándoles la espalda y el frente, saludando
al sol nuboso y nebuloso,
perla y brillantina, mano blanca, corona del rey,
frente escindida, palma y contrapalma
No somos jóvenes ya, los recipientes
para recoger el agua en un corcho de óxido,
lo que reposa tibio y el tizón de fuego,

declaran con solemnidad de párroco el domingo
que no es definitivo silenciar, sí supone
y gira como un trompo lanzado a tiempo,
vuelta de engaño, trabajo limpio, letra para el gordo,
el alto no penetra en la charada.

Extensión sin hojas, ya sosiego,
aplacados no en la muerte, en la sonrisa
de unos labios diáfananamente sumergidos
en la superficie de un espejo, dice.

Adolescente triunfal con el sombrero en la boca

De orfitud fuente, presagio

Te quiero intocable, inviolable,
penetrable por todos tus costados,
nunca penetrable, odiosamente mía.

Te quiero así, oscura y poderosa,
clareada por las manos y las frentes,
tocada por las bocas y los escupitajos,
agotada por la leche, por la letra,
caída en lo negro, pero mía.

Líquida en las vértebras del santo,
oh tú, premeditación del asesino,
tarde perfecta dé sol en que se muere,
oh tú, coágulo respirante,
seguridad insegura, laberinto.

Escalera que se hunde, luz de ningún abismo.

Mas inviolable, atravesando como palillos
entrecruzados en los cordeles de las venas.

Exagerada en la hinchazón del rostro
de los que miran y nos miran, mía.

Absoluta razón que desconoce
el largo semblante pavoroso, y lo conoce,
lo oculta, lo consuela, lo quiere.

Página muerta, mano del muerto
que pasa la página muerta,

blanco arco desnudo del adolescente

solitario tendido bajo el templo más blanco.
Repetición necesaria, paso entre los circos.
Te quiero entonces, no en el después o el antes.
Te quiero ahora, así, mas limpia nunca,
mas nunca regalada o preferida,
como selva sin áspero esplendor ni hoja,
cabeza arrebatada por la hondura,
hueso mondo para esta mueca de perro,
cuchillo en la raíz que grita y nutre,
besada, despedida, lentamente sagrada.

Quintiliano, ante el foro

(11 a.n.e)

El orgullo del cartaginés es bien conocido.

No voy a criticarlo ni a elogiarlo.

Tampoco acallaré las voces que lo condenan.

Demasiado conozco lo que guardan sus costas.

Pero es hora, creo, de llamar a las cosas por su nombre.

Vosotros, romanos, me conocéis.

Mi brazo ha estado siempre del lado de Roma.

En Asia y en el Ponto. En Grecia y en Alejandría.

Mal papel haría ahora retirando mis ejércitos.

Sin embargo, he de advertiros, romanos.

Pues el odio no suele presidir las buenas acciones,

y la alegría combinada con el temor

es causa del desastre.

No os comprendo, romanos.

Sois demasiado sutiles o demasiado ingenuos.

Y luego, vuestro Senado calla.

El astuto Livio ha ido a encerrarse en su palacio.

Una sorda conspiración, lo sé, ha comenzado a prepararse.

Ni yo ni mis mercenarios participamos en esto.

Fieles a nuestro acuerdo, nos mantenemos lejos de Roma,

mientras cunde el pánico en todas partes, y turbas

enloquecidas recorren las calles

enarbolando consignas que apuntan a Cartago.

A todo esto, no hay preparativos de guerra,
ni se anuncia el estado de excepción, ni marchan
las legiones.

No puedo ver sino con recelo la ausencia de César.

Safo

Tus ojos tienen el brillo de la pasión.

Has estado distraída mientras yo declamaba.

Laura, tu amiga, tuvo que pellizcarte

por debajo de la mesa.

No has oído mis versos, no había otro mundo que el tuyo.

Cuánto daría por volver a tener tus trece años.

Pero escúchame.

Esas manos no han de ser para el extraño.

Tu piel es demasiado ardiente.

Tu frente, demasiado ancha.

Eres una hija equívoca del viento,

fuerte como esta isla, cerrada y desolada.

Mírame a los ojos, Citere.

Mira mis arrugas y mis cicatrices.

Hoy he jurado que si me amas voy a romper mis versos

y voy a enterrar mi lira con mis manos.

Es en serio, Citere.

A mi edad no puede jugarse con estas cosas.

Yo que creía haberlo visto todo,

no había visto todavía tus ojos y tus manos,

de mis trece años imagen fidelísima.

Un viento áspero y simple nos azota el rostro.

Dentro de unos años en esta isla no quedará nada.

Sólo el fuego es eterno, este fuego

de tus ojos, llama en que quiero arder,

cruz en que quiero crucificarme.

Qué me importan los eruditos y los premios.

He dado ya lo que tengo, y estoy sola.

Quédate conmigo hoy, Citere.

No vayas a esperar al joven deportista
bajo el manzano.

Ensueño breve

Con una íntima atención mirando
me he vuelto hacia el lecho
de cristal exaltado.
Me he quedado dormido, mirando.
Ahora estoy detenido.
Dormido simplemente,
escondido en el lecho, en una estría blanca.
Allí reposa mi mano.
Yo sin embargo espero, velo,
con los ojos cerrados.
Pero los dedos, los dedos llenos de sombra
que desmienten la cara, la que un día.
Yo sin embargo horriblemente duermo,
sin recobrarne, llamando
a la que escapa, escapa levemente,
su intimidad perdida reclamando.

El violín

El violín, arco y cuerda,
terciopelo y cuchillo,
en las manos de Paganini,
más bien en su mente,
ni siquiera en su mente,
ni en el aire, ni en lo abierto.
El violín, que no está en parte alguna.
El violín, como una arista de vidrio,
como una punzada de color,
como una congoja súbita, metálica y ardiente.
Y entonces, en el vientre
asombrado de sí mismo,
en la abismada concha de terciopelo,
espejo negro y sombrío, reflejo negro, púrpura apagado,
resuena el amarillo del grito solitario,
del profundo dolor, como si un hilo
bajara del cielo por un ojo solo
y atravesara silbando el subterráneo
llevando al violín mudo,
cortante como una sola lágrima.
El violín gira en sí mismo, dispersando.
Gira con él la llama púrpura.
Descienden hacia el centro los cuchillos.

Si al doblar una esquina

Si al doblar una esquina
apareciera esa persona sola,
yo vería su rostro y sabría.
No por un movimiento de la mano (no es verdad
que así suceda).
Si apareciera, digo, esa lenta forma vaga
al doblar una esquina,
ya no habría que esperar, ni que soñar.
Respirar ya no sería necesario.
Podría salir a la calle, pues abierto
el lecho de la piedra, caería
la angustia como un traje usado,
demasiado ceñido, poblado de certeza.
No sería extraño el color de la avenida
y la mano se tendería en el silencio de la mano.
Si apareciera
esa lenta forma vaga
como una espiral inverosímil,
ya no oiría más mi nombre, ni alguien
me esperaría con un largo suspiro.
Con una duda intensa, humana.
Vagas formas lentas, nos iríamos
el solo y el lejano, mudos,

entre oscuros carruajes detenidos.

Girando en qué canción.

A qué nadir llegando.

La muerte de Virgilio

Amé al adolescente.

Lo separé del viento en el que iba,
del mar en el cual era la ola, la espuma,
el ondear sonoro.

Lo amé con el horror del ahora,
con la piedad instantánea del que no comprenderá nunca,
con la sorpresa del nonacimiento.

Amé al adolescente, sí, pero sus ojos
habían detenido al sol en una noche infinita.

Su cuerpo se había arrojado al abismo con el mío
hace un millón de años, en las cavernas de Uría.

Sus dedos de niebla habían tocado la mitad de mi rostro
un instante, y el mundo ya no fue.

Ya no fue ni siquiera la otra mitad de mi rostro,
sino el adiós en la blancura, en el corazón de la noche.

Fue el resplandor del océano, la solicitud tranquila del abismo,
el ritmo cantante de la sencillez.

Era el silencio, su voz era el silencio.

Y su nombre, como el silencio, no tenía nombre.

Estaba delante de mí, y yo no lo veía.

Me hablaba desde su aparición, y yo no podía contestarle.

Era la muerte y yo iba cayendo con él, en un caer callado.

Estoy muerto desde entonces.

Estoy frente al espejo desde entonces.

¿Quién me creará? ¿Quién se atrevería?

Sólo yo sé, sólo yo, sin rostro, sobrevivo,
en este estupor al que llamo pensamiento.

Amé al adolescente.

Lo demás, lo demás no puede describirse.

Consejos al joven Fidas

Cuando la fiera te haya indicado el camino,
espera un poco todavía,
porque no conoces el mundo, Fidas,
y puede ser que las voces
y los abedules te confundan.
El invierno es el reino de las sombras.
Y ya que hablamos en la intimidad, déjame darte otro consejo.
Ten siempre al alcance de la mano el caramillo de Medea
por si necesitas ayuda de Ceres o de Clímaco.
Haz un buen fuego cada noche
y esparce las cenizas en la mañana.
No te desvíes del camino ni aunque se desate la tormenta.
Ah, y al país aquel lejano no lo nombres
así te amenacen con la ceguez, que es lo peor de todo.
Ya sabes lo susceptibles que son los centinelas del límite.

El jardín de símbolos

Como si una mano al cielo arrebatara,
tal vez entonces dudar se detendría,
y el destino, buscado y encontrado,
disolviéndose del día en diminutas formaciones,
no volvería —dorado, sempiterno—
a prometer sus símbolos de agua,
vencido por lo claro indiviso y lo casual.

El imperio de la medida, de la evidencia trágica,
en traje de rombos, de agujas esferoidales,
de lo divino oscuro sufriendo y alejado,
como los dedos gordezuelos que bailan en el aire
y así entonando ven el arrastrarse de los pies
sobre los cuadros luminosos vencidos por las algas,
recordaría que la tristeza también puede ser deliciosa,
una vez más extático en el borde de lo natural.

Y a la pregunta que baja como el rayo a través del árbol,
pregunta sin el alivio del rezo,
a la que no sigue la mano amiga en el dibujo
doloroso de sus venas, y donde lo infantil tiene un reír grotesco,
no le seguiría por eso una respuesta,
un apartarse de la cortina que daba al campo donde
sin detenerse para descansar el hijo del sol se inclina

y ve en un relámpago negro la belleza del animal,
doblado el cuello en el esfuerzo poderoso.
¿Dónde tan lejos? ¿Dónde más y más lejos?
¿Dónde acaba la lentitud? ¿Dónde puede acabar lo que no termina?

Si habría entonces dolor, acaso no podría saberse,
pues no se trataría del dudar, sino de la constancia,
de inscribir en el viejo libro de los Buddenbrook un nuevo matrimonio,
e impávido mirar hacerse la forma en el vacío
hasta que la quiebra sonase a un acostarse con la risa,
extendida como un relámpago en la oscuridad y con nombre de diosa,
regreso entre la niebla matinal al jardín de símbolos.

A1 término del regresar del cielo gris la puerta,
más próxima de la imaginación que de la inicial dorada,
acaso Fausto, apoyado, senil, aún vigoroso,
vería la jarra balancearse sobre la inmóvil cabeza
y preguntase, a Wagner, insomne, con palabras de sueño: ¿No es esto,
amigo de la verdad, lo que llamamos destino?
Y en la pausa abierta al dudar presentiría a Mefistófeles,
bien por la invocación, bien por el alineamiento de los barriles,
en el «Qué bien se está aquí» que devora y desaparece
rápido como el fósforo que encienden los estudiantes en la caverna.

«Ni Fausto, ni Mefistófeles. Es sólo un cráneo, Monseñor.

Polvo y murciélagos.»

De donde, con la carcajada del clérigo,
empezaría a hablarse otra vez de lo mucígeno,

como un borracho que retrocediera hasta el borde de una tumba,
de la nada sin asombro él únicamente oficiante
en el laberinto circular con robledales góticos.

Habríase comprendido entonces la huida de la palabra.
Alejada del cielo y solitaria en su duda,
del recordar sin fin dolor como una orquídea
atravesando el lento mar traída hasta la puerta,
y allí sólo del baile la evocación y el símbolo,
fragmentariedad del día negado a las metamorfosis,
de la música descendido al preguntar incesante,
belleza petrificada por sus germinaciones.

Carta a Leda

Tampoco es vana correspondencia el escribirte,
ya que tus senos transparentes y oblicuos
no sólo me recuerdan los ojos de Glauco,
los círculos de fuego de la sabiduría,
sino que este mismo calor así consume llorando,
clamando múltiple.

La piel del fénix. Oh, la piel del fénix.

Oh la boca del cisne. Oh Leda.

Y luego estaba también este gemido
sin movimiento de la flor; el rosa pálido
entre el amarillo en agraz y el rojo estremecido.

Allí el doblez, allí el cielo ondulado,
el mar espeso en la copa colmada.

Tristemente, lentísimamente,
y luego tan gutural, tan rápido.

Olvido, Leda. Todos los rayos del crepúsculo
eran un torbellino de oro en tu garganta.

Fuego pálido en la piedra de Carrara.

Según Updike, en el momento en que el Centauro
hunde la cabeza en la montaña de Venus,
encuentra allí el estupor, la centella que huye.

La tenuidad la atenuación, el tembloroso vórtice.

Seddenda et percipit.

La plenitud es vacío, Leda.

El sol es agonía.

Somos exploradores de lo que no cesa.

Amantes, interrogadores del cansancio.

Unos ojos nos miran como desde un horno.

Son los ojos del Océano.

El limbo del abrazo dura siglos.

Hondo misterio es este

sí de la cabeza que recuerda

una caída enloquecida de caballos

y el fragor espumoso del abismo.

Salve, Leda. Lejana próxima.

Hija y hermana. Madre numinosa.

Libertad apresada en la torpeza del otro.

Canto de la esposa en el follaje profundo.

Oigo el susurro de tu voz entre las briznas de hierba

y voy hacia mis sueños como quien posee la cantidad justa.

Tu voz es a la paz lo que el silencio al olvido.

Insomnio

Es el mundo que no me deja dormir.
Me despierta, como Dios a los hombres de Judea.
Caigo como entre las arenas
de una playa nocturna y sucesiva.
Voy entrando en el agua con la luna.
Hilos sedosos son los besos submarinos,
el ojo abierto y desnudo parpadea.
El cerebro distribuye las preguntas.
Miro la vieja letra dibujándose en el fondo.
Sueño neutro, digo moviendo la cabeza.
Estoy girando y despierto, e infinitamente
seguiré girando y despierto: mi soledad es mía.
Tan mía, que el sonido de su música
no le basta, y pronto se divide
como el asco en la boca, y salta
de los labios a la frontera del agua
donde se confunde.
Labios y ondas: insomnio submarino.
No hay *luego* en esta agua de preguntas.

Nihil Organum

Aquí, en la oscuridad, tal vez estoy.
No me busquéis en el día.
Aquí, en la oscuridad, invisible camino,
oyendo otros pasos detrás, cercanos, dolorosos.
Es el dolor de pensar. Es lo sombrío de ser.
Inaudibles, humedad del árbol, ala fría.
He dejado mi cuerpo en algún sitio.
No puedo mirar. Ya mirar no existe.
Hay el rodar de un secreto, la consistencia de un agua.
De un agua confundida con un aire.
Silencio. Silencio. Perduro en los pasos que me siguen.
En los pasos que siguen a esos pasos.
Equivalente, pensativo, oscuro.
Una vez brillaron los bordes del canto.
No eran todavía No: “dios mío”. No.
Otra vez no.
Si es era fuese negada.
¿Cómo sobrevivir a este dilema?
¿Cómo cómo?
Sombra desalada. Perplejidad que no se encuentra con el fin.
Huida a lo tremendo.

¿Quiénes soy?

Lárfala.

Lalarfala

Aírfala.

Confiar de lo nocturno.

Cantar de lo fortuito.

Canto de los niños de Ulm

a mis amigos

Para nosotros, creo, todo fue más rápido.
Precisamente porque nunca abandonamos
el territorio tibio de la infancia,
el vagar entre nieblas, entre bosques
donde el terror era sólo un presentimiento;
algo que siempre, siempre les sucedía a los otros.
Y por eso nos cuesta tanto haber envejecido.
Esto se niegan a aceptarlo nuestros ojos.
Esto, esta lava, esta
excavación sincera y definitiva del silencio.
Ante esto alzamos las manos hasta la cara
y volvemos una vez más a nuestros juegos,
los mismos, los mismos siempre.

Para nosotros todo fue más rápido.
Como la caída instantánea de la última hoja
del otoño, ya cerca del invierno,
en el sendero del parque,
del parque vaciado de las voces,
bordado por los juegos,
por los simultáneos susurros entre un banco y otro.
Invisible universo de la noche.

Y la circunvalación de un arroyuelo
brillando en la oscuridad, hacia más prominente
el pico azul en que terminaban las ondulaciones
del cartón amarillo, y las cabezas
de los pequeños seres asomados entre el follaje
como las hojas que flotaban entre el invierno y el otoño.
Puras estaciones. Monumentos puros.

Era curioso todo este suceder sin consecuencia
y la lluvia dando sobre el cartón rítmicamente,
haciendo espejos en los que nadie se miraba,
espejos vivos abandonados en el bosque.

Era curioso, decimos, mientras miramos en el agua
turbia algún pez sobreviviente,
alguna larva que nos es más preciosa que el oro,
más necesaria que el sol y que los vientos idos.

¿Acaso estuvimos enfermos?

Será por eso que sólo podemos hablar en pasado,
semejantes a pescadores pintados en una sábana,
vueltos hacia el tiempo del que somos cautivos,
el tiempo dorado de los juegos, de la canción infinita
que recomenzamos en el borde del estanque.

Por eso no es verdad que hayamos envejecido.
No lo creeremos ni aunque lo griten los altavoces.
No hemos envejecido, no hemos envejecido.
Tenemos el silencio oculto aún entre los pliegues
de la camisa, rodeando al corazón que late.
El sueño descansa aún sobre nuestro párpados

y la sonrisa, espesa, alarga nuestros labios.
Sonreímos, sonreímos.
Sonreímos largamente en medio del follaje.
Comenzamos a cantar una vez hace mucho tiempo,
hace mucho tiempo, en el tiempo de nunca.
Y desde allí se elevaron nuestras voces,
rodaron entre el invierno y el otoño.
Fueron las voces roncadas, las persuasivas voces.
Los sueños que se perdieron, los corazones que desearon.
Tan instantáneamente como un beso entre las flores.
A cubierto de todo bajo el techo de láminas,
bajo la transparencia opaca del olvido.
Fue así, fue así la metamorfosis del barro.
Para nosotros cantar era moldear la figura
inviolable del tiempo bajo los dedos temblorosos,
con los ojos negados a la luz de la tierra,
para siempre sellados por el sueño.
Canto de ciegos que desvía a los que pasan.
Arrastrarse de un río cuyo fin no es visible.
Pero el río, pensamos, termina en el horizonte.
Y el horizonte, dijimos, es la metáfora del origen.
Niños de Ulm, regocijaos.
Y cantamos más fuerte entre las duras hojas mojadas.
Era allí a donde íbamos, con gestos de bajorrelieves.
Cuán alegre era la mañana sin sol en que partimos.
Y cuán sereno el aire ausente.
Esto sucedió hace mucho tiempo.
Y tan rápido, sin embargo, que todavía,
todavía está temblando entre las hojas mojadas

esa nota única con que llamamos
a lo que ondula y lo que salta,
a lo que huye desesperadamente sin dejarse atrapar,
a lo que se derrumba entre el cansancio y se transforma.
Cansancio, es de esto de lo que se alimenta el río.
Es con esto con lo que recomienzan nuestros juegos.
Los mismos, los mismos, los mismos siempre.
El mismo canto siempre dorado e inconcluso.

El sombrero de los adioses

Porque para cuando vuelvan los días venturosos
y el estío de pálido oro, y el arco
iris como una sonrisa sobre el campo,
todo eso que hoy no existe,
seré yo el que me habré ido
con mi canción triste, mi murmullo,
mi silencio como un morral en la espalda,
calle abajo, por sobre adoquines plateados.

Cada uno de mis pasos irá borrando el camino.
¿A qué quejarse, entonces?
¿A qué mirar hacia atrás, si no habrá detrás
y delante será un blancor confundido con la lejanía?
Lejanía, lugar de todos los nombres y las luces,
estancia sin fin, estrella del que vaga.
Lejanía, lejanía.
El dolor que en mí habla es la canción de los adioses.
Adiós a la era desnuda y al preciso
cerco de los días que rodeaban la casa.
La casa, el pino solo, la luna sola.
A su fulgor de plata, al silbido negro.
A las hojas moviéndose, a las sombras sin labios.
A la soledad helada y sin voz de los senderos.

Adiós a la amiga o al amigo
detenidos en el marco de una ventana,
recortados para siempre con su gesto.

Cuando todo eso ya no exista,
yo seré uno solo con la mano abierta
que extendida en inmóviles raíces
hundirse espera en la hojarasca, lenta,
oscura como el fango, y fría
como los espíritus que vagan en los cementerios.
Noche infinita, nostalgia, lejanía.
A ti te canto, libro de los libros,
biblia del caminante entre los círculos
de muda arena, brújula del que huyó
con la sombra cosida a la cabeza,
huella de la tortuga donde comienza el mar,
donde el dolor termina.

Tú, que recomienzas. Tú, adiós de los adioses.
Tú, a quien no puedo nombrar,
pequeño como las cosas pequeñas,
doloroso como la risa de un niño,
desconcierto profundo de la certeza.
Tú, incomprendible.
Lo propio de tu existencia es no existir.
En tú contorno tiemblo, como una rosa en un vaso
de vino, como un pájaro en el viento.
Tú, sombra en la que perduro,
animal cautivo, hocico húmedo

saliendo del follaje, oliendo, adivinando,
con un talismán colgado al cuello.

Fosforescencia del que vaga por los campos
como una ofrenda nocturna que se entrega
al alba indiferente, y al cercano
fin que se alza sobre un derredor de árboles.

¿Quién soy? ¿Dónde he vivido?

Yo fui, yo estuve, yo pasé
palpitando entre miles, con los ojos cerrados.

Y ya no fui más, no estuve
sino entre gotas indistintas que guardaban
como en una burbuja la dispersión del arcoíris.

Yo era el que parado en la puerta vagarosa
del sol elevándose en el cielo como un huevo de oro,
decía adiós lentamente, cual un viejo,
a las inclinadas y redondas mujeres de las montañas,
al rostro de la tierra lleno de cicatrices,
a los centauros suicidas que iban despeñándose
con las cabezas alzadas en la primavera del río.

Yo era, yo fui, yo pude haber sido
el que volaba en el sombrero de los adioses.

A un templo

En el pequeño templo de piedra blanca
por donde paso
a cualquier hora, sin fijarme,
hay una misa ardiente en ciertos días,
los pies cantan y bailan los tambores,
huyen al cielo las voces concertadas,
la noche, complacida, sonrío.

Este pequeño templo me recuerda al mar
plateado en la garganta fría,
a un barco rodeado por la roca.
Es una duda que no acaba en gemido.
Fuera, el viento mueve las hojas.
Ajenas, como chasquidos de látigo,
las bocas de los perros van brillando en la noche.
El templo me lleva en sus hombros, como a un hijo.

2

La mañana es de tilos rociados por la lluvia,
aplazando la letra, desviando el enigma.
Paso otra vez sin mirar, soberbio, rápido.

Las campanillas del templo me saludan.
Oigo los arcos que crujen sobre las ventanas,
un balde derramándose en la acera.
El templo resistirá estos días.
Pálido y solo, cerrado, abandonado.
Resistirá, me digo, cruzando bajo el sol que aturde.

3

No sé si hemos envejecido ya,
el templo blanco y mi voz temblorosa.
Sonreímos, repartiéndonos la sombra.
La sed y el hambre son cosa del olvido.
Lo inconcluso nos une y nos desata.
La noche misma ha renunciado a sus ojos.
Es como el fin, o como un pozo claro.
La cuerda pende, vertical, inútil,
a un metro del sin luz templo de piedra.

Mudos, inclinamos la cabeza,
la compañera fiel en el cansancio,
sobre el abismo azul, volviendo, yéndonos.
¿Cuál de nosotros regresará primero?

El monje y la poesía

No he ido a los montes (o al monte) todavía,
ni a buscar la ciudad aquella con mi nombre,
ni a las muchachas de saya parda
y rostro pluvioso
que olvidaron el lápiz en lo profundo del pelo,
camino de Santiago y de sus piedras centrales,
la boca franca partida por el viento.

Yo sé que hay un poeta en la ciudad aquella
y que los solos senderos son líneas de su cara,
como la roca negra, cortada por el filo
azul y blanco y triste de la ola,
es testimonio total de su agonía.

Yo he visto todo eso en la cima de la noche,
envuelto en negro paño, bajo el griterío
que cierra las ventanas sobre los claros ojos.
Discuten en el viento los poetas.
Calla, gimiendo, el país larguísimo,
caliente y húmedo como un brazo en la frente.
Ciudad, país, poetas, nombres.
Fantasmas del mar en noche esdrújula.
Al fin habrá un aplacamiento del follaje,

un gato verde bajo el sol en la calle.
Centella, figuración de la nostalgia.

Yo sé que hay un cansancio más profundo que el cobre,
una lucha inconclusa que no mata,
un amor que consuela y desfigura.
He oído al terror silbando en la escalera.
El *luego* detenido en la zamarra oscura
del borracho caído a los batientes,
como desborda al mar la arena silenciosa,
como se abandona el banco de una iglesia.

La catedral alzada va muriendo en mis ojos.
Su pobre arco, que es cornisa, no cielo,
empieza a descansar del torbellino de piedra.
La muerte es más indiferente que el cansancio.
La losa tiene razones que el corazón desconoce.
Se ha dicho que hay un jardín donde conversan los justos.
Yo sé que hay un cementerio donde cantan los poetas.

Rumor del bardo (o de los bardos),
múltiple y uno en la era sensitiva.
Carrera interminable del torso por la playa.
Júbilo mortal del beso con la lluvia.
El salitre va borrando la ciudad aquella.
Ya sólo quedan, flotando, testimonios;
el cabello lavado por la lava,
la sonrisa fijada por el viento.

En otra parte el sueño hará una casa,
otro dominio, una catedral nueva.
Yo prefiero pensar lo que no existe.
Perseguir, volando, la centella.
Oír el término entontecido del bardo,
el hastío de tanta cosa vana.

Yo prefiero caminar entre las tumbas,
porque el mundo se ha vuelto demasiado serio.
Hay una risa allí que baila en el oído
como la campanilla inagotable del monje.
Son los dioses que anuncian el fin de la poesía.
El erial me llama con los ojos de Lourdes,
estrellas de obsidiana en el paisaje mudo
y ardiente de los abedules muertos.
Cada poeta está encerrado en una tumba,
cubriéndose del sol con la corteza.
Cada poeta es un abedul muerto.
Y hasta el pájaro que canta en ese bosque
una sílaba sola, eterna, indiferente,
tiene la herida del sol en la garganta.

La ciudad ha muerto.
Han muerto los poetas.
Se ha levantado al sol la tumba de la poesía.
El monje va barriendo las hojas del sendero,
alisando la piedra para leer los signos.
Tiene los ojos transparentes de Lourdes
y el contagio volador de la centella.

No pregunten por el monje ido.

Un gato verde entre los abedules muertos.

En el vacío universo una sonrisa

ondulando, una palmada breve

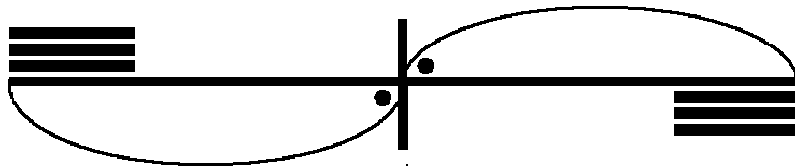
sonando como una campanilla en el oído.

Lo invisible llamando a lo invisible.

Water Pound

Water Pound escribía sus instrucciones sobre la Poesía
sentado junto al fuego del hogar en un Medio Oeste ya sólo imaginado,
en la cabaña de troncos rodeada de abetos o de pinos,
con una manta escocesa sobre las piernas quebradas.
Le debo el fantasma inocente de Sexto Empírico
y silenciosos desplazamientos de alejandrinos licenciosos.
La luna blanca y el búho sobre el pico del abeto.
Fragilidad, tu nombre es Mr. Pound.
Un niño convencido de la justeza del Universo
y equivocándose siempre, sin embargo,
como una rosa bebiendo entre las dunas.
Pecoso y luego greñado. Pecoso y luego.
 Infinitamente greñado.
Un viejo salvaje y frágil.
La importante distribución de los lados y la altura.
El búho blanco y la luna sobre la rama del abeto.
La barba circundando un rostro como un mar circundando una isla,
como un bosque sepultando una casa.
Pelos. Pelos. Pelos.
La dificultad de transmitir un conocimiento.

La dificultad de hablar en nombre de los otros.
La imposibilidad de ser hasta el fin uno mismo.
La imposibilidad. Oh la imposibilidad.
Siempre la imposibilidad, la sinusoide del trigramma.



Abeto	Luna
Casa	Búho
Anciano	Hoja pintada
Mono	Arroyo

No Mussolini	No Adams	No Gesell	No Confucio
No Cavalcanti	No Dante	No Ovidio	No Homero
No _____	No _____	No _____	No _____

Y entonces, de pronto, por así decirlo, Mr. Pound desaparece.

Mr. Pound disappears.

Haciendo honor a su nombre se hundió en el marasmo de la Oikonomía.

Inextricable, inexplicable.

¿Es así como uno se vuelve loco?

¿Es así como uno se vuelve loco?

¿Loco, loco, loco, loco?

¿Y por qué todo es tan frágil, tan disperso, tan híbrido?

¿Cómo cortar de una vez la cabeza verdadera de la hidra?

Mr. Pound paseándose por una calle de Londres.

Mr. Pound subido sobre el pretil de un puente.

Mr. Pound haciendo cabriolas en una ventana de Pisa.

Mr. Pound en su celda: un ideograma trazado rápidamente sobre la cal.

Mr. Pound un poco antes: colgado de una rama y chillando a la luz de la luna. Chillando de terror, balanceándose entre el follaje, una risa extraña, hi, hi, hi, hi, hi, advirtiéndolo a los que pasan, a lo lejos, por el cruce de caminos, brillando las hojas plateadas, los ojos saltando como ranas en el arroyo.

He aquí al Poeta.

¿O sea que la locura tiene al fin un nombre?

¿O sea que este discurso es acaparable como los granos de trigo?

¿O sea que ya pueden alzarse los párpados hinchados

 y gritar en el viento: «Dios proveerá»?

El viento que es todo y que se lo lleva todo.

Dunas. Dunas. Dunas. Dunas.

Lo que fulmina, lo que mata, lo que paraliza, ¿es esto?

Lo que dispersa, lo que rasga, lo que divide, lo que enajena.

Tengo la clara certeza de estar loco mientras me balanceo

 en esta rama de abeto.

Soy un búho, soy una hoja pintada, soy la luna.

Y equivocándose siempre, sin embargo.

Instrucciones, resoluciones. Pálido diccionario.

Almanaque de las cosas, lista infinita. *Infero*.

Pero sólo entonces, sin embargo, la realidad del ífero.

O mejor dicho: realidad es ífero.

O mejor dicho todavía: sólo lo real puede ser infernal.

Felipe el Hermoso: he ahí el Infierno.

Alguien lo descubrió rápidamente y sacó provecho.

Ejem. Dicho sea con sus propias palabras: *un crimen americano*.

Eliminando la residua y colocándolo en el centro del círculo:

UN CRIMEN

De modo que como decía era éste el gesto de danzar sobre los escalones.

No bajar ni subir, simplemente danzar sobre los escalones.

Porque los escalones, como sabía Piranesi, no están encima
ni debajo: están en todas partes.

Esta era la locura de Piranesi.

La multiplicación de los escalones.

La proliferación de las lilas en la primavera.

La fiesta de la muerte.

El mundo crece para la soledad, *mundus ad apokalypsis*.

Construimos ciudades que no podremos habitar.

No es enteramente exacto.

Construimos las imágenes de lo inhabitable.

Estos son los espejos que salen de nuestras manos.

Somos orfebres locos, cazadores obsesionados por un cántico.

Mr. Pound con un mosquete al hombro junto a un árbol.

Paisaje de lianas, un sueño de Rogier Van der Weyden que se incluye
sibilinamente en el cuadro, minúsculo, con un sombrero de castor a lo
Robin Goodfellow.

Símbolos espejeantes.

La máscara debe estar escondida en algún lugar del bosque.

¿Pero dónde? ¿En qué refugio soleado de la boca inmensa que es el
bosque, que es como decir el desierto, los inquietos anillos de dunas, las
olas del mar transfinito?

¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Silencio. Por debajo de la masa de pelos asoma un hocico simpático.

Cuatro orificios dispuestos simétricamente. De eso hay en todas partes.

Son los cuatro orificios universales.

Son los cuatro elementos y las cuatro letras.

Son el Norte y el Sur, son el Este y el Oeste.

Etc. Etc. Etc.

Recoger piedras para clasificarlas sería más provechoso.

Hallar la fórmula una vez es imposible.

Hallar la fórmula siempre es todavía más imposible.

Ja. Ja. Ja. Imposiblemente imposible.

Mr. Pound se ríe sentado en cuclillas sobre un cono.

Todo es real, todo es imaginario.

La risa del mono hace un remolino con las hojas plateadas.

El mono titubea pasándose un dedo por la boca.

Coloca una pirámide sobre el cubo y una esfera en el vértice de la
pirámide.

La luna sobre el pico del abeto.

El mono se ríe con ganas, como un niño, y mira de soslayo
el plátano que Mr. Pound le había prometido.

Luz que atraviesa los gruesos barrotes y proyecta una sombra
enedimensional sobre el cuadrángulo.

La sombra se sacude rítmicamente al impulso de sus estremecimientos.

Es como una música de pequeñas campanas, como aquello
con que termina la suite *Los planetas* de Gustav Holz.

Din don din don din don din don din don.

Algo que no se oye, una especie de ideograma hecho con el silencio
y la cal.

Como en la frase profunda de los gemelos siameses, donde uno es el
asesino que escribe y el otro el asesino que escucha:

Todo fluye.

El pájaro de oro

cerdos sacrificados a la luna
copos de nieve lloviznando sobre un péndulo
alas aisladas e irisados matices
gatos jaspeados [semejantes] a un jarrón chino

asa

porcelana

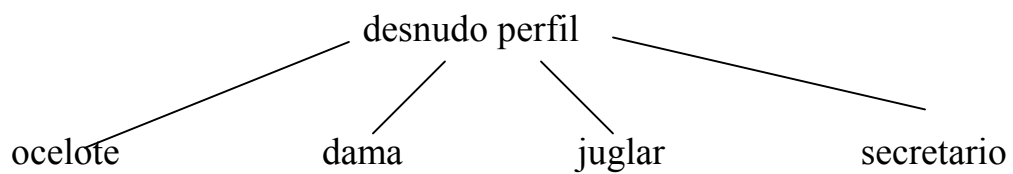
pájaro

pincel

(que concluye en)

(como lados de)

volutas de azafrán y trenes elevados en la sombra



muslo de cereza

de ámbar

de almendra

de durazno

de sílex

pétalo frío de loto

el óvalo de óleo
su rostro, su cabello
el ladrido del pájaro de chile

almeja bermellón

pick up pick up pick up pick up pick up pick up

me

from the grass
from the heaven
au fond du ciel

la espada y el relámpago: un muro un hombre con sombrero
un dibujo de tiza un automóvil
amarillo una zapatilla de terciopelo
pelo incienso de jazmín un
corset un cigarrillo una luneta
de ópera

don't and weather

weather and don't

versos inundados por la sombra

estasis es éxtasis

salto de las ocas en el blanco y el azul
ojos abiertos de la inteligencia, nudos

círculos de ocarina
olas de arena

dispersión del iris:

vuelo de hojas de tilo

suspensión del arco:

hojaldre doloroso

doncella sencilla
tintineo del sembrador

manzana suspendida
cuchillo de hojalata

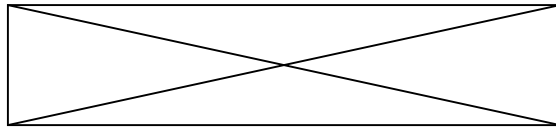
pájaros sacrificados a la luna
sálvame del hospital
no de los ojos laqueados
de los ojos laqueados no

cabeza en forma de jarrón chino

disforma — no
↑
novia
sinfonía
↓
galope en la nieve o cuchillo ocre
golpe de gong
sueño de leche

dispersión de la noche en la boca del pez
mar batiendo contra la ventana de papel
urinario en forma de gato jaspeado
el espejo de cera con un doble perfil
la boca del escriba es una moneda

destellos de bronce sonidos de marfil



destellos de marfil sonidos de bronce

quítame este chaleco de fuego

sonríe a mis ojos laqueados

hiéreme con ese cuchillo

¡oh tú, Ermitaño!

la huella de los caballos

la sombra de la oca



púrpura y gris

el universo transgredido

el tiempo transparente

los globos

los paseantes

los niños mudos

la bailarina

el guía lento y arqueado señala al templo

¿dónde está el sol?

sordo el pianista ríe
como un idiota

collar de la reina
flauta de jade

¡OH TÚ!

tap tap tap que se aleja
muslo negro en la escarcha

Amazing —dice

Se ha roto el arco iris.
Se ha quebrado la lira.
Se han descarrilado los trenes.
El pincel está seco.

Yo estoy loco muerto estoy dormido estoymuertoestoy

the key is in the grace

risa del pájaro de oro

fin de la sinfonía



Rogelio Saunders

Nació en La Habana, 13 de enero de 1963. Poeta, cuentista, novelista y ensayista. Ha publicado cuentos y poemas en diversas antologías. En 1996 fue publicado en La Habana su libro de poemas *Polyhimnia*. Formó parte del grupo de escritura alternativa “Diáspora(s)”, cuya revista, del mismo nombre, se editó en Cuba entre los años 1997 y 2002. En 1998 obtuvo una beca del Parlamento Internacional de Escritores y viajó a Austria para residir durante un año en la ciudad de Salzburgo. Tiene dos novelas (“El escritor y la mujerzuela” y “Nouvel Observatoire”), tres libros de poesía (“Discanto”, “Observaciones” y “Sils Maria”), así como un libro de cuentos (“Una muerte saludable”), inéditos. Reside actualmente en la ciudad de Sabadell, en Barcelona, España.

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser distribuida por Palabra Virtual con la autorización de su autor.



Antología de poesía hispanoamericana
<http://palabravirtual.com>